



JANUS 9 (2020) 379-401

ISSN 2254-7290



El romancero morisco de Gabriel Lobo Lasso (a propósito de un trabajo de Aurelio González)

José Luis Eugercios Arriero

The George Washington University (Madrid Study Center - UAM) (España)

jleugercios@gmail.com

JANUS 9 (2020)

Fecha recepción: 31/05/20, Fecha de publicación: 19/08/20

<URL: <https://www.janusdigital.es/articulo.htm?id=147>>

Resumen

En este trabajo comentamos los romances moriscos publicados por Lasso de la Vega en la *Primera parte del Romancero* (1587) y en el *Manojuelo* (1601). Nuestro punto de partida es doble: de una parte, entendemos que el romancero morisco se bifurca en dos vertientes, una maurófila y otra paródica o satírica que llamamos maurófoba; de otra, nos parece que los romances de Lasso no terminan de ajustarse al modelo canónico asentado por Lope. Sobre esta base, damos y justificamos la nómina de esos romances suyos que tenemos por moriscos.

Palabras clave

romancero morisco; romancero nuevo; Gabriel Lobo Lasso de la Vega; maurofilia; maurofobia

Title

Gabriel Lobo Lasso and moorish *romancero* (About a work by Aurelio González)

Abstract

In this paper we comment on the Moorish romances published by Lasso de la Vega in the First part of the *Romancero* (1587) and in the *Manojuelo* (1601). Our starting point is twofold: firstly, we believe that the Moorish ballads forks into a maurophilic and a satirical side. Second, we believe that his style differs from Lope's archetypal model. On this basis, we give and justify the list of those romances of his that we consider Moorish.

Keywords

Moorish romancero; new romancero nuevo; Gabriel Lobo Lasso de la Vega; maurophilia; maurophobia



JUSTIFICACIÓN

En el número 32 de la revista *Edad de Oro*, correspondiente a 2013, aparecía publicado un artículo de Aurelio González, “Temas y recursos de los romances de Gabriel Lobo Lasso de la Vega”, que recogía su ponencia pronunciada, con fecha 14 de marzo y bajo el mismo título, en el XXXII Seminario Edad de Oro, organizado el año anterior en la Universidad Autónoma de Madrid¹. Allí se metía nada menos que a desbrozar la compleja producción romancística de Lasso para proponer una clasificación taxonómica de sus romances atendiendo principalmente al tema. Es esta del tema cuestión siempre peliaguda, y más en el romancero, donde, por introducir ya nuestro negociado, las lindes entre los temas heroico, fronterizo y morisco, son difusas, cuando no subjetivas. Queremos adelantar con ello que no hay aquí propósito de entablar polémica ni desautorizar a alguien cuyo magisterio en la materia reconocemos abiertamente, aun cuando algunas discrepancias con su trabajo hayan dado pie al nuestro, de ahí que le hagamos mención explícita desde el mismo título de estas páginas; a saber: Aurelio González tiene por moriscos algunos romances que nos parece no acaban de asimilarse al género, y omite otros que, siempre desde nuestro criterio, deberían añadirse a la nómina. Son unos pocos, pero la discusión merece la pena por cuanto puede arrojar luz sobre la poética del romancero morisco y, al tiempo, sobre el peculiar caso de Gabriel Lobo. Tan solamente anotar en coda a esta breve justificación, que, pese a nuestra discrepancia de criterio y presupuestos, aquel trabajo del profesor González nos sigue pareciendo modélico y de obligada referencia.

BREVE NOTA SOBRE GABRIEL LOBO LASSO Y EL ROMANCERO NUEVO

Existe un romancero de entreguerras, entre el Viejo y el Nuevo², al que solemos referirnos como erudito, y que de siempre ha sido mirado por la crítica, ya desde Menéndez Pidal, con cierto desapego, puesto que ni

¹ Recuérdese que todavía entonces la revista la integraban las actas del seminario, que se inauguraba en la Universidad Autónoma para trasladarse el tercer día al Auditorio de Cuenca. Aquel año estuvo dedicado a “El Romancero en los Siglos de Oro”. Aurelio González pronunció su conferencia en la primera de las sesiones celebradas en Cuenca, donde compartió mesa con el profesor Rey Hazas, quien disertó sobre “Los romances moriscos de Pedro de Padilla”: una misma sesión, pues, agrupó a Pedro de Padilla y Gabriel Lobo Lasso, lo que tiene su cierto interés toda vez que resulta tan difícil encuadrar a uno y otro en la historia del romancero.

² Que escribiremos en caja alta, salvo cuando se integren en una cita textual, para indicar que denotan dos periodos. Para el término “romancero” en su uso genérico mantenemos la minúscula.

alcanzaba la exquisitez de los poetas barrocos ni era tampoco, como los romances tradicionales, voz secular del pueblo³. La etiqueta tiene de suyo, siquiera por comparación, un punto de desafortunada, según advierte el profesor Higashi al recordar que se acuñó “para deslindar el romancero viejo, cuyos textos pretendidamente provenían de la oralidad, de aquellos otros que no pasaban de ser imitaciones cultas, despreciadas naturalmente por su esencia postiza y segundona” (2017: 159); y acoge bajo su manto a los romancistas pre-barrocos desde Juan de Timoneda hasta Lucas Rodríguez o Pedro de Padilla⁴. ¿Qué hacemos con Lasso? Siendo autor que todavía publica en el nuevo siglo⁵ y ve algunos de sus romances entrar, quizás muy a su pesar (Menéndez Pidal, 1953: 120), en el *Romancero General* de 1604⁶, se diría que pertenece al grupo del Romancero Nuevo, pero lo cierto es que se mantiene un tanto al margen y no se suma en principio a la estrategia editorial de la publicación conjunta y anónima, quizás porque ha publicado antes y no está dispuesto a que su nombre se pierda en esa anonimia grupal del primer romance barroco⁷. Sin embargo,

³ Es lo que la escuela alemana había llamado *Naturpoesie*, poesía de raíz popular fruto de la acción colectiva del “pueblo poeta”, frente a la *Kunstpoesie* o poesía culta de autor individual (Rodríguez Puértolas, 1992: 6-7). Siendo válida la distinción, advierte Sánchez Jiménez que no conviene aplicarla al romancero viejo frente al nuevo, porque muchos romances de los nuevos estaban compuestos “a lo viejo” (2015: 12).

⁴ Ciertamente que la producción del linarense se presta a disputa: Mariano de la Campa considera que sus romances no se ajustan al canon del Romancero Nuevo porque “ni su estilo ni su poética permiten aceptarlo” (2010: 130); mientras que Rey Hazas concede que llegó a estar verdaderamente en sus umbrales, “si no a cruzar la puerta” (2010: 28). Invocar un criterio generacional, desde luego, no será concluyente, porque a Cervantes, coetáneo de Padilla y amigo suyo, lo incluimos sin reservas en el grupo del Romancero Nuevo. Por nuestra parte, entendemos que ni los textos del *Thesoro* ni los del *Romancero* responden todavía a los modos y espíritu del nuevo romance barroco; pero sí algunos anónimos conservados en el manuscrito 1587 de la Biblioteca del Palacio Real de Madrid, editados en 2009 por Labrador Herraiz y DiFranco bajo el título de *Cancionero de Pedro de Padilla, con algunas obras de sus amigos*. Hay allí, decimos, romances no atribuidos que nos parecen nuevos y acaso pudieran ser no de alguno de estos “sus amigos” sino del propio Padilla, en cuyo caso habría que reformular mucho de lo que hasta ahora se ha escrito acerca de su poética.

⁵ En 1587 sale de molde la *Primera parte del Romancero y Tragedias*, cuyo título hace pensar en una continuación que no llegaría a publicarse. Hay edición moderna a cargo de Barbara J. Mortenson (2006). Del *Manojuelo de romances nuevos y otras obras*, de 1601, sí hubo una *Segunda parte*, publicada de nuevo en Zaragoza en 1603 y que no nos ha llegado, aunque puede reconstruirse parcialmente porque pasó casi íntegra a la parte XIII del *Romancero General* de 1604 (González, 2013: 181; Carreira, 2018a: 55). Citamos el *Manojuelo* por la edición de Mele y González Palencia (1942).

⁶ Remitimos a la magna edición de Antonio Carreira y, para este particular, al capítulo V de su estudio preliminar, “La Trezena parte del *Romancero General*” (2018a: 89-104).

⁷ Así, su queja en *Han dado en recopilar*. No obstante, y aun cuando este rechazo a la anonimia hace que quede, según constata Carreira, “algo fuera de la corriente general”

Montesinos lo asocia todavía a los romancistas de transición cuando habla de un romancero que “coincidentes en el tiempo o no, cultivan aún [sic] Juan de la Cueva y Gabriel Lasso” (1952b: 387). García Valdecasas encuadra su *Primera parte* de 1587⁸ en el período transicional entre el romancero fronterizo y el morisco, esto es, entre el nuevo y el viejo, de manera que quedaría agrupado, junto con los Timoneda, Rodríguez y Padilla, entre las “obras de esta etapa intermedia en que ya apuntan elementos moriscos” (1987b: 23). Claro que ya por aquella fecha se están difundiendo los romances nuevos de Lope, Liñán y Góngora, se ha cerrado la serie de esas nueve *Flores* que constituyen las fuentes del *Romancero General* de 1600 y a su edición de 1604 pasarán, venimos de decir, varios textos del segundo *Manojuelo*. Aparte de la cronología, que algo dice aunque no sea determinante, Aurelio González justifica que Lasso “cumple plenamente con el modelo” del romancero nuevo por cuanto sus textos, aun inspirándose en la tradición oral, “llevan los recursos del lenguaje tradicional a un proceso de adaptación que permite percibir el texto nuevo como una rama del tronco viejo” (2013: 190). Es razón que compartimos, sin que por ello deje de parecernos que varios de sus romances arrojan un cierto aroma *a viejo*; y que resulta determinante para nuestro negociado, toda vez que partimos de que el romance morisco es, por definición, romance nuevo⁹. Algo de ello se dirá en el siguiente apartado, pero quede adelantado que, de acuerdo con nuestros

(2018a: 13), las relaciones con los poetas del tiempo pudieron ser razonablemente cordiales. A este respecto no tenemos apenas datos más allá de los elogios recibidos por dos personalidades tan dispares como las de Cervantes y, curiosamente, Lope. Son bien conocidos los versos que le dedica el alcaíno en su *Viaje del Parnaso*: “Con este mismo honroso y grave celo / Bartolomé de Mola y Gabriel Lasso / llegaron a tocar del monte el suelo” (1997: vv. 295-297). Más nos llaman la atención los de Lope en en la *Comedia de Juan de Dios y Antón Martín*: “que en versos heroicos hace / Gabriel Lasso de la Vega, / vega fértil y admirable” (Franco Carcedo 1994: 23). Fuera la loa sincera o circunstancial, su relación, si la hubo, sin duda debió de deteriorarse, porque es de prever que el Fénix no leyera con agrado los versos antimoriscos en que Lasso le atacaba a él mismo en la figura del romancista maurófilo Juan Ciruelo.

⁸ No en vano es anterior a la *Flor* de Huesca (1589), que todavía mezcla romances nuevos y viejos. A este carácter misceláneo y tentativo le atribuye Montesinos (1952b: 387) su fracaso editorial. Como es sabido, dos años más tarde sacará el mismo Moncayo la *Primera y segunda parte*, esta vez solo con romances nuevos.

⁹ Ver García Valdecasas (1987b: 41). De ahí que no tengamos por moriscos algunos de Padilla a los que Rey Hazas (2010: 71-91) aplica el marbete; ni compartamos la bien conocida opinión de Montesinos de que “hay romances moriscos y pastoriles *avant la lettre* en libros de Rodríguez o de Padilla, inconfundibles con los de Lope o Liñán” (1952a: 236), aun cuando esto nos haga discrepar nada menos que de Antonio Carreira (2018a: 31-32), quien da por bueno el juicio en lo esencial. Con todo, y tras haber pasado la cita por el tamiz de los textos, el propio Carreira reconoce que “sin duda, hay diferencias con los de los poetas más jóvenes” (2018a: 33).

presupuestos, nada obsta en principio para que Lasso de la Vega pudiera escribir romances moriscos.

QUÉ ES EL ROMANCERO MORISCO

El género¹⁰ morisco se caracterizaba, en palabras de Carrasco Urgoiti, por presentar “la figura del moro bajo un prisma de estilización favorable” (2005: 63). La cita remite automáticamente al concepto de maurofilia, que hizo fortuna a partir de los estudios de Cirot¹¹, pero este es concepto demasiado ancho, puesto que acepta ser leído, en clave socio-histórica y étnica, como simpatía hacia el musulmán. Por acotarlo, entenderemos aquí que la del género morisco es una maurofilia estética, esto es, que nace de la fascinación por el horizonte referencial granadino del XV; aquella Granada nazarí “irisada por los reflejos de las telas preciosas, de la pedrería deslumbrante y de los metales refulgentes”, en palabras ciertamente poéticas de Manuel Alvar (1990: 65-66). Y continuaba don Manuel diciendo que los romancistas barrocos

buscaron ropajes bajo los que encubrir su cotidiana personalidad: y se ocultaron bajo los pastoriles pellicos, de intención clasicista, o bajo los moriscos albornoces, más próximos a nosotros y más dentro de una tradición literaria hispánica (1990: 57).

Dicho de otro modo, el romancero morisco les ofrece a los poetas, como el pastoril¹², máscaras bajo las que cantar sus amores al tiempo que velan su identidad¹³, tal es el juego de la anonimia barroca. Hablamos, por tanto, de un código que pasa por escoger los poetas algún moro ficticio como

¹⁰ Para el romancero es más común, y menos problemático desde la teoría literaria, hablar de tema que de género. Nos parece que este segundo término, sin embargo, transparenta mejor el vínculo existente con la novela morisca y la comedia morisca.

¹¹ La serie de nueve artículos que, bajo el título de “La maurophilie littéraire en Espagne au XVI^e siècle”, publica en *Bulletin Hispanique* entre 1938 y 1944.

¹² El trabajo más exhaustivo que conocemos sobre el romancero nuevo pastoril es la tesis doctoral, inédita, de Suárez Díez (2015), que ofrece como apéndice un inventario del género y la edición crítica de los textos.

¹³ Y dan inicio a esa que Pidal (1953: 130) bautizó como edad chismográfica, aunque acaso “exagerando algo la nota”, según matiza Carreira (2018a: 33). Y es que, apunta en otra parte este crítico, “la que Menéndez Pidal llamó edad chismográfica pudo no serlo tanto, o debió de durar lo que hoy duran las noticias de la prensa diaria” (2018b: 239). En cualquier caso, el autobiografismo debió de ser en la mayor parte de los casos ficticio: se antoja descabellado atribuirles a todos los poetas de su generación una vida amorosa tan ajetreada como las de Lope o Liñán. E incluso el propio Lope bien pudo usar “los romances para fomentar determinadas imágenes de sí mismo, y estas imágenes le siguieron como una sombra durante toda su carrera” (Sánchez Jiménez, 2015: 39).

trasunto; y lo define el detalle de sus galas *a la morisca*, que fue sin duda uno de los principales reclamos del género¹⁴.

Junto con esto, el romancero morisco viene definido también por su tema amoroso: los Zaides, Azarques y Muzas que lo pueblan son trasunto de esos poetas que se ocultan detrás, y la corte granadina escenario de sus galanteos no es sino la corte cristiana disfrazada de Granada. Interesa reparar en ello, porque desde Pidal venimos repitiendo que los romances moriscos tienen su antecedente en “los romances fronterizos vistos desde el campo moro” (1953: 126) y, siendo cierto esto, puede inducir a equívoco. Tienen su antecedente en ellos, pero no son romances fronterizos vistos desde el campo moro, sino que le dan la espalda a la frontera para sumergirse en las plazas y palacios granadinos. Conviene matizar la cita, pues, con otra también de don Ramón, y es la de que “todo romance morisco parte del artificio de situarse el poeta en medio del campo moro” (1985: 275). Por ese motivo, en los romances moriscos no hay cristianos, sino que los asuntos, ya decimos que principalmente de amores, se dirimen entre unos musulmanes que se sienten más cómodos en la corte que en el frente. Por supuesto que su referente es el doliente Abindarráez del *Abencerraje*, pero la novelita quinientista está trazada, si bien se mira, sobre el esquema compositivo de un romance fronterizo¹⁵.

¿Cuándo surge el romancero morisco? Cuando los poetas convierten a Abindarráez en “espejo de caballeros y enamorados” (Carrasco Urgoiti, 1956: 49), recuperan su figura pero hacen desaparecer la del cristiano, que no les hace falta, así como la frontera misma. Y no les hace falta porque, una vez reconocido que el moro puede ser también caballero y enamorado, les vale como máscara, adornada además de ese exotismo aristocrático que le

¹⁴ Así, cuando Rey Hazas comenta los “Romances de don Manuel de León y el moro alcaide de Ronda”, de Padilla, le llama la atención que nada se nos dice del atuendo del cristiano, mientras que “conforme al código del romancero morisco, aparece el moro alcaide y todo cambia por completo. La poética del romance morisco está ya muy consolidada” (2010: 38). ¿En qué consiste ese código? En que del moro se nos la descripción preciosista de sus galas y las del caballo, en uno de esos retratos que Bonilla Cerezo (2007: 97) llama equinosoldadescos. No decimos que el de Padilla sea un romance morisco, lo avisamos antes, sino que existe un código morisco del que ya se hace eco el linarense.

¹⁵ Aceptamos, con López Estrada, que sirve “de punto de partida para iniciar un grupo genérico de obras que se conoce con el título de ‘morisco’ ” (2005: 23); pero nos parece que el *Abencerraje* más bien sería, si tal cosa existiera, una novela fronteriza, puesto que su motivo fundante es el del caballero moro y el campeón cristiano que combaten en la frontera. Ciertamente que en los romances sobre este asunto al moro le corresponde el papel de retador, pero no se puede olvidar que la historia de Abindarráez, que no en vano se difunde coincidiendo con las tensiones previas a la sublevación de las Alpujarras, seguramente quiso ser una alternativa asimiladora frente al confesionalismo omnímodo de Felipe II. Pueden consultarse, sobre este particular, el trabajo de Rey Hazas y Sevilla Arroyo (1987) y el más reciente de Torres Corominas (2013).

faltaba al caballero cristiano de la tradición épica. Si más arriba hemos desvinculado el concepto de maurofilia de toda implicación extraliteraria para focalizar la atención en su componente esteticista, toca ahora completar esta querencia ornamental con otra de corte más sentimental: la maurofilia de los romances nuevos es la legitimación del moro poético como igual en valor y sentimientos al perfecto caballero del amor cortés. Y esto lo hacen aquellos que Pidal llamó “los verdaderos poetas”¹⁶, es decir la generación de Lope, Góngora y Liñán. Vale que “no tuvieron que crear el estilo de la nada”, como anota Carreira (2018a: 33), pero el suyo es un romancero que, aun inexplicable sin la deuda con los dignos poetas del periodo erudito, los trasciende en forma y espíritu, y no solo por su mayor talla poética. Nos preguntábamos cuándo surge el romancero morisco, que es Nuevo y barroco, y quizás la respuesta más ajustada sea que, sencillamente, cuando Lope decide disfrazarse de Gazul y los jóvenes poetas del tiempo se lanzan a imitarlo con desigual fortuna. Se podrá decir que, tácitamente, estamos identificando el romancero morisco y el romancero morisco de Lope cuando son pocos los romances que podemos atribuir con certeza al Fénix¹⁷, y lo cierto es que algo de ello hay. En efecto son pocos, pero la crítica coincide en considerarlo el gran impulsor de la moda y, cuando dentro del mismo grupo del romancero aparezcan las primeras censuras al género, será también el principal blanco de ellas. El romancero morisco canónico, por así decirlo, es el de Lope y esos émulos suyos que buscaron hacer lo propio, esto es vertir sus amores al verso, aunque fueran menos afortunados en lo uno y lo otro.

Así las cosas, tendremos aquí por romance morisco¹⁸ el romance nuevo de tema amoroso y asunto moro, elaborado conforme a un código bien definido y asumido por romancistas y lectores, donde el moro es máscara ficticia del poeta y sus sentimientos. Dos figuras, sin embargo, se alzan frente a la monarquía del Fénix: Góngora y Lasso. El cordobés, a quien debemos alguno de los romances moriscos más hermosos, presenta en

¹⁶ En oposición a los “ramplones Lorenzo de Sepúlveda o Pedro de Padilla, rimadores de crónicas” (1953, II: 117), según se despachó el maestro con cierto exceso, concédase, al menos en lo que toca a Padilla.

¹⁷ González Palencia (1947: XXXVI-XXXVII), que aventura atribuciones sin justificar, da casi cincuenta romances moriscos como de Lope solamente en el *Romancero General*. En parecido error había incurrido ya antes nada menos que el autor de la sátira antilopesca *Oydme, señor Belardo*: “el poeta conoce bien los romances que cita, pero no teniendo mayor información acerca de su autor, cae en nuestra misma rutina de atribuirlos a Lope” (Carreira, 2018a: 49). Nótese la desproporción con el criterio, desde luego que más riguroso, de Sánchez Jiménez (2015) en su edición del romancero lopesco de juventud, donde solo cinco cuentan entre los de autoría probada.

¹⁸ Para una poética más exhaustiva del género, remitimos a los estudios de García Valdecasas (1986; 1987a; 1987b: 25-35).

ellos una alternativa estética al tiempo que inaugura la reacción satírica¹⁹. También los de Lasso se apartan notablemente del canon lopesco, por ello es tan difícil decidir cuáles puedan considerarse moriscos; y también la suya será una de las voces que con mayor crudeza se eleven contra el modelo impuesto por Lope.

LOS ROMANCES MORISCOS DE LASSO

Sentadas nuestras bases, vaya lo que nos lleva a discrepar con Aurelio González, no sin reiterar que la discrepancia no implica error objetivo por su parte ni tendría por qué descartar el nuestro, dado lo escurridizo de la materia. Como fuera, a la hora de clasificar los romances por temas, divide el profesor los de asunto moro, según es habitual, en fronterizos y moriscos. Si deslindarlos en un eje cronológico es tarea ya de por sí complicada, por cuanto no siempre está claro dónde termina un género para comenzar el otro²⁰; más lo será hacer lo propio en la producción de un mismo autor, pero para Lasso la tarea se antoja necesaria toda vez que cultiva las dos vertientes. Así, en la *Primera parte del Romancero* de 1587 descubre González 16 romances fronterizos frente a 5 moriscos, que serían los siguientes: *De la alta sierra los pueblos*, *El cuidadoso labrador*, *El valeroso Alhabiz*, *La hermosa mora Zaida* y *Sabiendo la mora Ayafa*²¹. De ellos, Agustín Durán solo había aceptado el tercero y el quinto en su apartado de moriscos novelescos, mientras que incluyó los tres restantes entre los relativos a la historia de España. Iremos por partes.

De la alta sierra los pueblos relata cómo el infante moro Alnayar²² acude a Granada para recobrar el trono. A su muerte, su hijo Abenzalín pierde de nuevo la ciudad y se retira a Almería, donde es acogido por Enrique IV. Se nos escapa qué le pueda haber llevado a González a darlo entre los moriscos: quizás, aventuraremos, la historia de ese Alnayar

¹⁹ Con *Ensíllenme el asno rucio*. Volvemos sobre el tema en el apartado dedicado a los romances maurófobos.

²⁰ Carrasco Urgoiti reconocía que «no es posible deslindar con precisión el romancero fronterizo del morisco» (1956: 47).

²¹ Ver González (2013: 192-193). Listamos los que da por fronterizos junto con su correspondiente numeración, cuando allí aparecen, en el *Romancero* de Durán (1849): *Sobre el muro de Baena* (1070), *Después que el rey don Fernando* (1071), *En Loja estaba el Rey Chico* (1076), *Yendo el Católico Rey* (1079), *Confuso está y atajado* (1078), *En espantoso silencio* (1116), *Sobre el más alto collado* (1117), *En un revuelto andaluz* (1118), *De hinojos puesto ante el rey* (1119), *Teniendo cercada a Baza* (1113), *El Rey Chico de Granada* (1114), *Curiosamente vestido* (1124), *Estando el buen don Alonso* (1125), *Libre del duro ejercicio* (1127), *La sumergida cabeza* (1126) y *Entre los nevados riscos*.

²² Que Durán (1849: II, 87) identificó con el infante Juzat Abén Almao, nieto del rey Mohamed VI de Granada, llamado el Bermejo.

protegido en la corte de Juan de Castilla o la de su hijo refugiado en la de Enrique IV recuerdan remotamente la trama del *Abencerraje*. Aun así, el vínculo estructural con la novelita no nos parece criterio suficiente, antes bien lo contrario, puesto que en los romances moriscos más puros ya dijimos que desaparecen la disparidad de cultos y la frontera. Mejor cabida tendría, a nuestro entender, entre los fronterizos o los históricos.

El cuidadoso labrador, que pasa al segundo *Manojuelo*, es elogio de Abenut, célebre por haber expulsado a los almohades de Murcia y alzarse con la corona de Granada. Ahora la huella del código ornamental morisco es evidente:

Viene con gallardo brío
vibrando una rica lanza,
y en Ricot, castillo fuerte,
sus estandartes levanta,
 en cuyos campos se muestra
de negro una estrecha banda
cuyos extremos, dos sierpes,
con abiertas bocas traban
 en un dilatado espacio
de blanca bruñida plata
y un misterioso letrado
que en arábigo declara:
 “Solo Dios es el que vence,
que no la espada ni lanza” (*Romancero y tragedias*, vv. 27-40)

Estas cuartetas son perfectamente asimilables a cualquiera de los romances moriscos canónicos de la escuela de Lope. Que valgan por sí solas para determinar la adscripción del romance es ya cuestión más delicada: de nuevo nos parece que no alcanzan, y más nos convence la opinión de Agustín Durán (1849: II, 20), quien lo incluyó entre los históricos. Con todo, es claro que uno y otro género se encuentran hibridados con tal equilibrio que dependerá del crítico decidir cuál prima.

La hermosa mora Zayda, repetido en el *Manojuelo* de 1601, es poema polimétrico que combina el verso castellano con el italiano a la manera de Padilla²³, esto es reservando el romance para la narración y el endecasílabo para la expresión de los sentimientos. Se trata de los

²³ Una de sus aportaciones es, adelantándose en tres décadas al *Arte Nuevo* de Lope, el uso funcional de la polimetría: suele reservar el octosílabo asonantado para las secciones narrativas, que combina con otras de carácter más lírico que introducen la rima consonante o el metro italiano, liras incluidas. Puede consultarse al respecto el trabajo de Rey Hazas (2011) sobre estos romances polimétricos de Padilla, de común muy extensos y a los que se refiere como novelas en verso.

desposorios del rey Alfonso VI de Castilla con Zaida, hija del rey moro de Sevilla: conociendo la joven que los ejércitos del rey castellano vienen sobre Sevilla, le escribe una carta en tercetos endecasílabos donde se ofrece en matrimonio. La respuesta de Alfonso es que no puede aceptar a no ser que Zaida cambie su ley, léase su fe, cosa que la mora acepta adoptando desde entonces el nombre de María²⁴. Poco encontramos aquí que recuerde al romancero morisco, más allá del nombre de la dama, salvo que abramos tanto la mano que demos cabida dentro del género a tantos otros viejos que edulcoran la raíz histórica con una breve anécdota amorosa. Por ello nos parece, otra vez con Durán (1849: I, 576), que encuentra mejor acomodo entre los históricos.

Los dos restantes, *El valeroso Alhabiz* y *Sabiendo la mora Ayafa*, sí los incluyó Durán en el grupo de los moriscos, donde se editan consecutivos (1849: I, 119-120). El primero presenta al alcaide moro Alhabiz cercado de dos contrarios:

Uno es la bella Geviza,
a quien tiernamente ama;
el otro era Benavides,
que al desafío le llama (*Romancero y Tragedias*, vv. 5-8)

Si de Benavides teme la fiereza guerrera, no menos miedo le infunde Geviza, aunque por motivo bien distinto, puesto que podría ocasionar “con su ausencia la mudanza” de la dama (v. 14). Acude así el alcaide al combate envuelto en celos cuando se encuentra a la mora asomada a una ventana, pero las palabras que de ella recibe no son de esperanza sino todo lo contrario: “Le dice: – A Alatar de Loja / di que Geviza le ama” (vv. 39-40). Alhabiz, sin responder palabra, parte furioso mientras asegura para sí que solo es feliz el caballero que no trata asuntos de amor. Puede pasar por morisco este romance, siquiera por el asunto de amor, celos y mudanza, pero muy periférico al género o, al menos, a eso que hemos llamado canon

²⁴ La conversión es solución casi inédita en el romancero morisco, y matizamos con casi porque una excepción hemos encontrado: *Cristiana me vuelvo, Zaide*, conservado en el manuscrito 996 de la Biblioteca del Palacio Real de Madrid. Aquí, sin embargo, la mora se ofrece a cristianarse porque, siendo su amado cautivo del Conde de Palma, es la manera que idea para reencontrarse con él. El motivo, pues, es la ausencia, que en el Romancero Nuevo propicia y alimenta el monstruo de los celos. Más común es la conversión, sin embargo, en la novela morisca, como ilustran algunos episodios de las *Guerras civiles* de Pérez de Hita o el *Ozmín* de Mateo Alemán. Ver Teijeiro Fuentes (2007: 315-317). También aparece en el desenlace de la historia del capitán cautivo, intercalada en el *Quijote* de 1605, y que Sevilla Arroyo considera “novelita morisca” (Cervantes, 2016: 17, nota 1). En este punto discrepamos del editor y más bien nos parece de cautivo que morisca, aun cuando tanto le debe al *Abencerraje*.

lopesco. No así *Sabiendo la mora Ayafa*, donde se presenta ella ante el capitán Martín Galindo para implorar la libertad de su amado Darizel de Almería, cosa que logra por la magnanimidad del cristiano. Quizás a esto último, que es huella bien evidente del *Abencerraje*, se aferrase Durán, pero es criterio que, según anotamos más arriba, se nos antoja insuficiente.

Con todo, estos 5 romances más los 16 que Aurelio González considera puramente fronterizos constatan una cierta querencia del primer Lasso por el tema moro. En el *Manojuelo* que ve la luz casi quince años más tarde el número se reduce ligeramente, de nuevo según las cuentas de González: de 16 a 11 el de fronterizos y de 5 a 3 el de moriscos²⁵. No parece, por cierto, que sea el descenso tan drástico como para denotar un cambio en los intereses poéticos de Lasso²⁶. De todos modos, nos interesan esos tres que en los índices del profesor constan como moriscos: *La posta corre Almanzor*, *La hermosa mora Zayda* y *Cuando la callada noche*. El segundo venimos de descartarlo: vaya un breve comentario sobre los dos restantes.

La posta corre Almanzor se articula sobre un asunto doméstico de amores entre moros, aunque su estilo difiere del de la escuela lopesca y no da aquellas detalladas descripciones de los ropajes moros ni el fasto de la corte musulmana, elementos ambos bien definatorios del código morisco. Sin embargo, Almanzor sí viene caracterizado como ese espejo de caballeros y enamorados en que se había convertido el moro en los albores del Romancero Nuevo, y condensa en su figura los tópicos del amor morisco:

La posta corre Almanzor
a Madrid desde Toledo
que una ajena voluntad
le lleva, aunque rey, sujeto:
no es de su libre albedrío
señor ni del propio reino
que el miserable Rodrigo
perdió de torpe amor ciego.
Más quiere a solo Madrid
que al dilatado universo

²⁵ Ver González (2013: 196). Listamos los fronterizos nuevamente con la numeración de Durán (1849) cuando procede: *Don Alonso de Granada* (1125), *En espantoso silencio* (1015), *En un revuelto andaluz* (1118), *El rey Chico de Granada* (1114), *Garcilaso de la Vega* (1119), *Guárdate, alcaide famoso*, *Habiendo cercado a Baza* (1113), *La sumergida cabeza* (1126), *Miente el moro vil, aleve*, *Sobre el muro de Baena* (1070) y *Sobre el más alto collado* (1117).

²⁶ Si lo es el hecho de que este segundo romancero incluya ya esa serie de piezas paródicas y satíricas que lo consagran como el principal censor al género morisco, y que Weiner (2005: 54) considera consecuencia de un cambio en la orientación ideológica de Lasso a partir de 1588.

no por su asiento agradable
 y salutífero cielo
 sino por el bien que encierra
 indigno de tal el suelo,
 que de la bella Zoraida
 le lleva un duro concepto
 llamado entre amantes firmes
 celos, monstruo horrendo y fiero (*Manojuelo*, vv. 1-18).

Dos de esos tópicos son los celos y la mudanza, asociada esta por lo común a la dama; y, en efecto, celoso acude el rey al encuentro de Zoraida cuando topa con la curiosa escena de dos pastores que luchan entre sí enfrentados por el amor de una pastorcilla. Temerosa ella de que venza aquel al que aborrece, le suplica a Almanzor que intervenga en el combate, pero sucede en estas que termina por imponerse el pastor favorecido y la muchacha, súbitamente, despide al moro:

– Mas el que agora cayó
 es el rudo que aborrezco:
 proseguir vuestro camino
 pues que el suceso es tan bueno– (*Manojuelo*, vv. 97-100)

De esta suerte llega el atónito Almanzor a Madrid, donde entra a deshora y con gran secreto para sorprender a Zoraida:

Diciendo: – Monstruo espantable,
 no escurezcáis más el cielo,
 que debéis de ser sin duda
 infernal furia de celos– (*Manojuelo*, vv. 113-116)

Morisco nos parece, tal vez el que más de los de Lasso, y bien curioso tanto por su ambientación madrileña como por ese breve asunto pastoril que intercala. El jugar con ambos géneros, de paso, no solo trasluce el parentesco entre uno y otro, sino que da muestra del gusto del madrileño por la experimentación²⁷, así como de las dificultades que entraña acometer la clasificación de sus romances.

Acabaremos con *Cuando la callada noche*, que nos hace nuevamente disentir con Aurelio González. No está en Durán, pero Franco

²⁷ Tampoco era un experimento del todo nuevo. El *Romancero General* de 1600 incluye un romance pastoril, *De ver una escura cueva*, en el que Belardo invita a Riselo a acudir al palacio del rey, donde podrán asistir a una zambra y contemplar allí a Bravonel con sus divisas y emblemas (vv. 37-44).

Carcedo (1994: 57) lo tiene por histórico, lo que sin duda responde mejor a su argumento: el romance relata cómo Barbarroja desembarca en Cerdeña con ochocientos hombres para tomar la ciudad de Sorso pero es repelido por Nani Maronjo, quien al mando de tan solo cincuenta hombres logra hacer retroceder a los turcos. Como fuera, esta vez nada en él encontramos que ni remotamente permita su adscripción al género morisco.

Hay, sin embargo, dos romances en el *Manojuelo* que Aurelio González (2013: 196) incluye en el ciclo de Bernardo del Carpio²⁸ y que nos parecen, cuando menos, linderos al código morisco: *Las varias flores despoja* y *Con crespas y dorada crin*. Durán (1849: I, 430, 433) los incluyó entre los históricos, pero anotando sobre el primero que era “imitación de los romances moriscos” (1849: I, 431, nota 1), y entendemos que no iba mal encaminado. Se relata aquí el encuentro entre Bernardo y Bravonel – que es nombre bien común en el romancero morisco– para acudir juntos a Roncesvalles: no hay más asunto que el dibujo de esa estampa arquetípica del moro y el cristiano que se encuentran en la frontera, por cierto que esta vez no para enfrentarse. El cristiano

venía curiosamente
el gallardo castellano
a la morisca vestido
con el brazo arremangado (*Manojuelo*, vv. 9-12).

Pero, claro, no se compara con el adorno del moro:

[...] bello, aficionado,
 enamorado, valiente,
valiente y enamorado;
lo uno y otro tenía
en uno y otro extremado,
 rica marlota llevaba
de azul y verde damasco
con rapacejos pendientes,
lágrimas de cristal claro,
 de lisas hebras de plata
por todas partes colgando;
y unas letras que decían:
“Tanto temo cuando aguardo,
 que, si esperanza me anima,

²⁸ Aunque la de Bernardo es figura recurrente en la reivindicación castellanista de algunos romances maurófobos satíricos, lo encontramos también en otros como *Desterró el rey Alfonso*, del que anotó Durán que “sin duda el autor del romance lo hizo de capricho é [sic] imitando los moriscos que en su tiempo estaban en boca” (1849a: 429).

celos turban mi sol grato”.
Azul y verde es la lanza
y de la ancha adarga el campo,
y de azul y verde trae
atada una banda al brazo (*Manojuelo*, vv. 47-66).

El moro, además, es enamorado, como denotan la letra y colores²⁹ que lo adornan. Las cuartetas reproducidas nos parecen las más *moriscas* de Lasso; más, si cabe, habida cuenta de que su poesía es inasimilable al gran grueso del Romancero Nuevo. En cuanto al tema, no es en sentido estricto bélico ni heroico, sino que el encuentro apenas sirve de pretexto para la descripción. A lo que entendemos, bien podría pasar por morisco; pero no el otro, *Con crespa y dorada crin*, por más que aparezca consecutivo y comparta personajes. Ahora Bernardo y Bravonel han llegado a Roncesvalles para combatir al “Galo altivo” (v. 7). Allí, por cierto, se encontrarán con Marsilio, rey bien conocido en el romancero morisco por aquel romance que comienza:

Braunel de Çaragoça
al rey Marsilio demanda
licencia para partirse
con él de Castilla a Francia (*Romancero General* 1600, vv. 1-4)

Está escrito, sin duda, con un ojo puesto en el romancero morisco, con especial atención al ciclo de Bravonel. ¿Tanto como para integrarlo? Quizás los guiños pudieran justificarlo, pero sería forzar demasiado la adscripción. Lo que sí nos parece claro es que estos dos últimos romances, que entre sí componen también un breve ciclo, son más de Bravonel que de Bernardo del Carpio.

Así las cosas, los romances moriscos de Lasso resultan de todo punto inclasificables o, al menos, bien difíciles de asimilar al modelo arquetípico de los de las *Flores*. Es claro que conoce el código y juega con él, pero sus intereses estéticos y temáticos van por otra parte. Asumido esto, tres de ellos nos parece que pueden integrar el género: *El valeroso Alhabiz*, con reservas; *La posta corre Almanzor* y *Las varias flores despoja*. Que aceptemos este último cuando descartamos *Con crespa y dorada crin* no deja de tener su punto de contradicción, pero lo cierto es que ahora la raíz morisca se va difuminando. En cualquier caso, valga la breve selección como testimonio significativo de un romancero de autor que se desarrolla

²⁹ A propósito de la significación de los colores en el romancero morisco, García Valdecasas explica y justifica con ejemplos cómo el azul suele indicar celos (1986: 35) y el verde esperanza, aunque a medida que oscurece puede pasar a desesperanza (1986: 30-32).

paralelo al tronco principal representado por Lope, Liñán y Góngora. Quizás el propio Lasso no tuviera estos romances por moriscos ni sintiera que se sumaba a un impulso colectivo, a la vista de esas sátiras que publica conjuntamente y comentaremos a continuación: no por ello los desecharemos, aunque teniéndolos por muy en las márgenes, al igual que Lasso se mantuvo siempre en las del grupo poético del Romancero Nuevo que impulsaba su generación.

ROMANCES MORISCOS MAURÓFOBOS

El oxímoron lo es en apariencia. Hemos convenido que el género morisco no implica una maurofilia socio-histórica o étnica, sino que es un juego. No en vano, en el romancero morisco no hay moriscos, esto es conversos de moro, sino estilizados caballeros musulmanes de otro tiempo. El juego de máscaras se ventilaba, además, entre unos pocos poetas que se conocían entre sí y muy dados a recoger versos y asuntos los unos de los otros bien para aprovechar una materia previa o bien para hacer parodia y burla, a la manera de “polémicas de academia literaria” (Carrasco Urgoiti 1986: 125). Así surgen las primera parodias al género morisco desde su mismo seno: el caso más conocido es *Ensíllenme el asno rucio*, contrafacción burlesca, a cargo de Góngora, del emblemático *Ensíllenme el potro rucio*, quién sabe si de Lope³⁰. Hablamos de parodias internas al género que, por tanto, emplean los mismos elementos temáticos y estilísticos de su código: precisamente por ello consideramos que lo integran, es decir, que los romances moriscos burlescos o paródicos son, ante todo, romances moriscos. Dicho de otro modo, maurofilia y maurofobia son, en el romancero morisco, las dos caras de un mismo juego³¹.

³⁰ La crítica ha sido casi unánime en dárselo a Lope, pero en el manuscrito 973 de la Biblioteca del Palacio Real de Madrid se atribuye a Liñán. Ya Carreira (1998: 346) se hace eco de la cuestión al comentar el de Góngora, y más recientemente Pérez López (2012) ha defendido con argumentos sólidos que el romance es obra de Liñán. También Sánchez Jiménez (2015: 162-163) acepta cierta sombra de duda sobre la autoría lopesca, pero termina incluyéndolo entre los romances autorizados del Fénix. En cuanto a la refutación poética de Góngora, tan temprana y ciertamente contradictoria en quien había contribuido él mismo a la mayor boga del género, quizás movía al cordobés algún tipo de desdén aristocrático hacia la escuela madrileña, según propuso don Emilio Orozco: pensaría como “refinado poeta andaluz”, que no eran merecedores de portar la máscara morisca «quienes ni conocían ni sentían lo andaluz» (1973: 45).

³¹ Barbara Fuchs censura tácitamente el criterio de Durán, quien en su edición del *Romancero* había asignado apartados distintos a los romances moriscos maurófilos, que llama novelescos, y a los romances moriscos satíricos; porque entiende, con razón, que esto “tiende a borrar las conexiones entre ellas [las respuestas satíricas] y romances determinados, como en el caso antes mencionado de Lope” (2011: 142). La afirmación se refiere a *Háganme*

Por ello nos referiremos a estos romances como moriscos maurófobos, no como antimoriscos; pero también por distinguirlos de aquellas sátiras raciales que cunden hacia 1610, coincidiendo con la deportación masiva de los conversos, para glosar y justificar la expulsión. Se trata ahora de piezas por lo común de menor altura poética, cuyo tono de soflama emparenta con la literatura de cordel³² y que transcurren ajenas al cauce principal del Romancero Nuevo. Si las traemos aquí cuando, en rigor, escapan a nuestro objeto, es porque para el caso particular de Gabriel Lobo sí hay que tenerlas en cuenta: el *Manojuelo* de 1601 puede considerarse en sí mismo un verdadero compendio de maurofobia, tómesese ahora el término en todos los sentidos que admite, puesto que incluye una serie de piezas que atacan por igual al género morisco y a los conversos³³. No deja de llamar la atención cuando Lasso había cultivado, ya vimos que con cierto gusto, el romance maurófilo en su *Primera parte* y todavía conserva alguno de estos textos en el mismo *Manojuelo*. Weiner sugiere que se debe a un cambio de orientación en la sensibilidad del autor, quien habría evolucionado desde una sensibilidad asimiladora hacia posiciones cada vez más radicales (2005: 54).

Distinguimos, por tanto, entre un romancero morisco maurófilo y otro maurófobo. De ser más exhaustivos, dentro de este habría que establecer, a su vez, al menos dos vertientes, una paródica y otra satírica, pero entendemos que no será preciso meterse en esas componendas para llegar a donde queremos: a justificar que Lasso, que se había mantenido en las márgenes del grupo del Romancero Nuevo, irrumpe en el género morisco

vuestras mercedes, réplica al lopesco *Mira, Zaide, que te aviso*. García Valdecasas (1987b: 171-179), en el listado de romances moriscos que ofrece como apéndice a su estudio del género en las *Flores*, incluye también los maurófobos, asumiendo *de facto* que lo integran.

³² “La poesía no puede permanecer al margen de los sucesos políticos y todavía menos si la poesía es popular. Por otro lado, se ha usado la poesía como arma política y esto lo encontramos en la de cordel con mucha frecuencia” (García de Enterría, 1973: 50). Ver también Feros Carrasco (2013: 86-87), quien constata que es en la literatura de cordel donde se canalizan las posiciones más abiertamente antimoriscas (2013: 86-87). Puede consultarse una selección de textos y su edición en Ruiz Lagos (2001), que ofrece los siguientes: *Gran revuelta hay en España, Desde el tiempo de Rodrigo, El invicto Rey Filipo, En la ciudad más famosa, Como vieron los moriscos, Oíd, católicos cristianos, Después que fueron llegados, Saliendo de Perpiñán, Después de ser embargados, Después de haber renegado y Descendientes de Ismael*.

³³ Recuérdese que en los romances moriscos maurófilos no hay moriscos, es decir conversos de moro, sino galantes caballeros moros de otro tiempo. Los reales moriscos coetáneos hacen su aparición en las sátiras y parodias al género, de ahí que se hayan prestado a ser leídas en clave racial: abanderaron esta línea Márquez Villanueva (1983) y Carrasco Urgoiti (1986); y la ha refutado Sánchez Jiménez (2014). Lo que sí es verdad es que todos los romances que vamos a comentar están plagados de alusiones extraliterarias explícitas que no se explican si no es desde una manifiesta hostilidad hacia los conversos. Las pasaremos por alto por no distraer nuestro objeto de atención, pero quede constancia, siquiera en nota, de ello.

como principal representante y mantenedor de la veta maurófoba, bien por motivos ideológicos o como reacción frente a la escuela lopesca. O, lo que es lo mismo, que escribió unos pocos romances moriscos maurófilos ciertamente anómalos, pero otros tantos moriscos maurófobos que son, insistiremos, moriscos *avant la lettre*, que diría Montesinos. Estos romances maurófobos hacen parodia o sátira, conviene subrayar que desde dentro del género³⁴, a partir de dos lugares comunes: lo que Pedraza Jiménez (1981: 34) ha llamado reacción castellanista, es decir la reivindicación de los viejos temas y personajes heroicos del medioevo cristiano en lugar de los moros poéticos³⁵; y la infinita distancia existente entre estos estilizados moros y los reales conversos de carne y hueso³⁶. Es todo un juego poético, independientemente de que en autores como Lasso se traspasen las fronteras entre literatura e ideología.

Pues bien, comencemos con *¡Oh, noble Cid Campeador!*, que Aurelio González (2013: 195) incluye entre los de tema cidiano. Se invoca al Cid, en efecto, pero como héroe cristiano por excelencia y dentro de una reivindicación castellanista que busca que “los ingenios claros / os restituyan lo vuestro / y de que dejen a Azarque / reposar, que ya era tiempo” (*Manojuelo*, vv. 1-6). Es más ese “poeta Juan Ciruelo” del v. 52 podría ser, dice Márquez Villanueva (1987: 21; 1995: 130), nada menos que Lope, en quien todos reconocían al gran impulsor de la moda maurófila. Lasso prefirió, sin embargo, la ridiculización expresa del género. Así, en *Yendo a buscar un botarga*, un alquilador se ha quedado sin suministro de disfraces porque, coincidiendo con el carnaval, “allá me los tienen todos / esos señores poetas / con que componen más moros / que la ardiente Libia lleva” (*Manojuelo*, vv. 9-12). De este modo, el narrador, que acudía buscando siquiera “una marlota vieja / para poder disfrazarme” (vv. 42-43), se va de manos vacías porque los dichos poetas se han quedado con todas las adargas tunecías, mangas, tocas y demás elementos típicos de la imaginería morisca que allí había. Claro que es humorístico, como lo clasifica Aurelio González (2013: 194), pero bien se ve a dónde apunta el humor.

³⁴ “[...] el género morisco [...] llevó dentro de sí no solo la evidencia de su falsedad básica, sino el germen de su ruina” (Carreira, 2018a: 57).

³⁵ Quizás el romance que mejor la representa es *Tanta Zaida y Adalifa* (*Romancero General* 1600), que a Márquez Villanueva (1983: 165 nota 26) le parece del propio Lasso.

³⁶ La veta que abandera el autor de *¡Ah, mis señores poetas!* (*Romancero General*, 1600). Márquez Villanueva (1983: 165, 170 nota 34) de nuevo cree que se trata de Lasso, en opinión que a Carrasco Urgoiti (1986: 123) le parece bien probable. Carreira (1998) edita el romance entre los atribuidos a Góngora, pero anotando que la atribución se le antoja poco fundada; y más recientemente (2018a: 45) se ha inclinado ya por dárselo abiertamente a Lasso. En el manuscrito 4127 de la BNE consta como de Lope, lo que roza el despropósito.

Hay cuatro romances, de los que nos interesan, en los que González (2013: 197) sí conviene que el tema principal se refiere al romancero: *Por Dios, señores poetas, Poetas a lo moderno, ¿Quién compra diez y seis moros?* y *Señor moro vagabundo*. En el primero la alusión a los romances moriscos es indirecta, pero valdrán estos solos versos como muestra de que se trata de otra censura castellanista al género: “¿Por qué en naciones extrañas / hemos de andar mendigando / como si en esta faltasen / hechos de varones claros?” (vv. 25-28). *Señor moro vagabundo* se dirige no a los poetas, sino a los mismos moros imaginarios, a quienes recomienda que abandonen el romancero lírico puesto que “es hijo el amor de el ocio / y caudillo de hobachones” (vv. 11-12) pero, ante todo, porque no es su lugar, dado que hay otras dedicaciones más propias para los de su credo y ley: “Si no quiere ser recuero, haga ladrillos y adobes, / mase yeso, ablande cal / o venda aceite y tostones” (vv. 55-58). Y es que bien poco tenían que ver “con estas ocupaciones / el ‘Afuera, aparta, aparta’, / ‘Reduán la tierra corre’ ” (vv. 49-52) y otros tantos romances que cita a la letra³⁷. Junto con estos dos motivos, la reacción castellanista y la comparación sangrante entre caballero moros y moriscos reales, comenzaba a ser recurrente el del agotamiento de la moda: “que así has cansado los hombres / con tu larga soledad y melancólicas noches” (vv. 61-64). Por ello, *Poetas a lo moderno* ironiza con el adjetivo para recomendar a estos “inventores de las zambras³⁸” (v. 2) que vistan “a lo moderno, que ya cansan antiguallas” (vv. 63-64); y aprovecha, cómo no, para recordar que las Fátimas, Jarifas y demás damas del romancero morisco no serían en el mundo real otra cosa que “unas moras pañalonas / con sus bragas atacadas” (vv. 35-36). Síntesis y culminación de todo esto es *¿Quién compra diez y seis moros?*, que hemos dejado para el final y le parece a Weiner “es el más cruel y denigrante” (2005: 55). Ahora el narrador pone a la venta unos moros “que han quedado de unas cañas / como fiambre de boda, / y otros tantos de una zambra” (vv. 2-4); y estas cañas y zambra es bien sabido que ya solo se celebraban en los romances. Más utilidad les encuentra, y así los ofrece, como “mozos de silla y de albarda, / para lacayos dispuestos / y para mozos de plaza” (vv. 6-8), tareas serviles en las que solían ser empleados los conversos como mano de obra barata. Ya hemos dicho que no ahondaremos en la cuestión extraliteraria, pero los niveles de hostilidad de Lasso no los hemos encontrado en ningún otro autor.

³⁷ A la manera de *Oyédme, señor Belardo*, al que hemos aludido más arriba.

³⁸ En *Vario pensamiento*, romancillo en endechas también del primer *Manojuelo*, desliza Lasso su correspondiente pulla contra “aquestos Petrarcas / que componen moros / y describen zambras” (vv. 6-8).

Como fuera, son todo variaciones sobre unos pocos motivos recurrentes que tienen, eso es lo que nos interesa, el romancero morisco en su punto de mira; y se trata de un fenómeno interno que solo se comprende dentro de la polémica interna que acompañó al ocaso del género. De ahí que tengamos estos poemas como moriscos ellos mismos, si bien maurófobos, y nos parezca que esta sea la etiqueta que mejor les va.

CONCLUSIONES

Gabriel Lobo Lasso cultivó el romancero morisco en sus dos vertientes, la maurófila y la maurófoba, a la manera de Jano bifronte. La imagen la tomamos de Bonilla Cerezo (2007: 90), quien la aplica a Góngora, porque en efecto el cordobés lo mismo llevaba con una mano el género a sus más altas cotas que contribuía a “agotarlo con la otra para siempre” (2007: 117). No diremos lo primero de Lasso, anclado todavía en la vieja tradición del romancero fronterizo y tan ajeno a Lope y su escuela, pero, aun así, hemos reconocido de entre sus romances maurófilos alguno que, a lo que nos parece, merece contarse dentro de la nómina morisca. De su contribución al agotamiento y disolución del género sí dan razón los romances maurófobos que venimos de comentar. Y también compartía con Góngora, qué duda cabe, su animadversión hacia los versos, e incluso quizás hacia la figura misma, de ese Lope que tanto había gustado de narrarse a sí mismo a la morisca.

Teminaremos. Son principalmente los romances maurófilos de Lobo Lasso los que nos han llevado a discrepar con Aurelio González, pero justo es reconocer que todos plantean dudas, en gran medida porque ninguno de ellos se asimila a la escuela lopesca, cosa que tampoco pretenderían. Que los gustos e intereses de Lasso iban por otra parte parece claro, y quizás fuera otro de los motivos por los que no quiso participar del juego colectivo de máscaras y anonimía: el principal, dijimos más arriba, bien pudo ser que para cuando los poetas de la generación siguiente están dando a conocer sus primeros versos él ya ha publicado su primer romancero. Quizás por todo ello, en el *Manojuelo* de 1601 todavía conserva unos romances maurófilos que seguramente considera ajenos al fenómeno de las *Flores*, a la vez que da a la estampa esas otras sátiras en las que no vemos retractación de sus propios versos, sino ataque frontal a los de Lope y sus émulo. No deja de ser curioso, pero su gran aportación al género morisco es la de haber abanderado, con un pie dentro y otro fuera, esa reacción maurófoba que certificó su fin.



BIBLIOGRAFÍA

- Alvar López, Manuel, *Granada y el Romancero*, edición facsímil de José Lara Garrido, Granada, Archivum, 1990.
- Bonilla Cerezo, Rafael, “Imitación y autoparodia en el romancero morisco de Góngora”, *Studi Ispanici*, nº 32, (2007), pp. 89-117.
- Campa Gutiérrez, Mariano de la, “Padilla y el romancero”, en Pedro de Padilla, *Romancero*, edición de José J. Labrador Herráiz y Ralph A. DiFranco, México, Frente de Afirmación Hispanista, 2010, pp. 97-130.
- Carrasco Urgoiti, María Soledad, “Vituperio y parodia del romancero morisco en el romancero nuevo”, en *Culturas populares: diferencias, divergencias, conflictos: Actas del Coloquio celebrado en la Casa de Velázquez, los días 30 y 1-2 de diciembre de 1983*, Madrid, Casa de Velázquez / Universidad Complutense, 1986, pp. 115-138.
- Carrasco Urgoiti, María Soledad, *El moro de Granada en la literatura (Del siglo xv al xx)*, Madrid, Revista de Occidente, 1956.
- Carrasco Urgoiti, María Soledad, *Estudios sobre la novela breve de tema morisco*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2005.
- Carreira, Antonio (ed.), Luis de Góngora, *Romances*, Barcelona, Quaderns Crema, 1998, vol. I.
- Carreira, Antonio (ed.), *Romancero General, en que se contienen todos los Romances que andan impressos. Aora nvevamente añadido, y enmendado. Años 1604. Con licencia. En Madrid, por Iuan de la Cuesta*, México, Frente de Afirmación Hispanista, 2018a.
- Carreira, Antonio, “Lope de Vega, *Romances de juventud*. Ed. de Antonio Sánchez Jiménez. Cátedra, Madrid, 2015” [Reseña], *Nueva Revista de Filología Hispánica*, nº 66.1, (2018b), pp. 239-250.
- Cervantes, Miguel de, *Don Quijote de la Mancha*, edición de Florencio Sevilla y Antonio Rey, Madrid, Alianza Editorial, 2016.
- Cervantes, Miguel de, *Viaje del Parnaso*, edición de Florencio Sevilla y Antonio Rey, Madrid, Alianza Editorial, 1997.
- Durán, Agustín, *Romancero general o Colección de romances castellanos anteriores al siglo XVIII. Recogidos, ordenados, clasificados y anotados por don Agustín Durán*, Madrid, Rivadeneyra, 1849, II vols.
- Fernández Montesinos, José, “Algunos problemas del Romancero nuevo”, *Romance Philology*, nº 6, (1952a), pp. 231-247.

- Fernández Montesinos, José, “Notas a la primera parte de *Flor de romances*”, *Bulletin Hispanique*, nº 54.3-4, (1952b), pp. 386-404.
- Feros Carrasco, Antonio. “Retóricas de la expulsión”, en *Los Moriscos: Expulsión Y Diáspora. Una Perspectiva Internacional*, M. García-Arenal et al. (eds.), Valencia / Granada / Zaragoza, Biblioteca de Estudios Moriscos, 2013, pp. 67-101.
- Franco Carcedo, María Elena, *La personalidad literaria de Gabriel Lobo Lasso de la Vega (1555-1615), con la edición de los “Elogios” y las “Tragedias”* [tesis doctoral], Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1994.
- Fuchs, Barbara, *Una nación exótica. Maurofilia y construcción de España en la temprana Edad Moderna*, Madrid, Polifemo, 2011.
- García Valdecasas Jiménez, Amelia, “Formas alegóricas y simbólicas en el romancero morisco”, *Boletín de La Real Academia Española*, nº 66.237, (1986), pp. 21-62.
- García Valdecasas Jiménez, Amelia, “La retórica del romancero morisco” *Revista de Literatura*, nº 49, (1987a), pp. 23-71.
- García Valdecasas Jiménez, Amelia, *El género morisco en las Fuentes del “Romancero General”*, Valencia, UNED Alzira / Diputación de Valencia / Interciencias 4, 1987b.
- González Palencia, Ángel (ed.), *Romancero General (1600, 1604, 1605)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1947.
- González, Aurelio, “Temas y recursos de los romances de Gabriel Lobo Lasso de la Vega”, *Edad de Oro*, nº 32, (2013), pp. 177-197.
- Higashi, Alejandro. “La amplificación en el romancero erudito y artístico”, en *Variación y testimonio único. La reescritura de la poesía*, J. Ll. Martos Sánchez (ed.), Alicante, Publicacions de la Universitat d’Alacant, 2017, pp. 159-179.
- Lobo Lasso de la Vega, Gabriel, *Manojuelo de romances nuevos (Zaragoza, 1601)*, edición de Eugenio Mele y Ángel González Palencia, Madrid, Saeta, 1942.
- Lobo Lasso de la Vega, Gabriel, *Primera parte del romancero y tragedias de Gabriel Lasso de la Vega, criado del Rey nuestro señor, natural de Madrid: dirigido a don Phelipe Principe de las Españas, hijo del catholico don Phelipe nuestro señor, Rey dellas, segundo deste nombre*, Alcalá, en casa de Juan Gracián, 1587.
- López Estrada, Francisco, “Introducción”, en *El Abencerraje (Novela y romancero)*, Madrid, Cátedra, 2005, pp. 9-115.
- Márquez Villanueva, Francisco, “Lope, Infamado de morisco: *La Villana de Getafe*”, *Anuario de Letras: Lingüística y Filología*, nº 21 (1983), pp. 147-182.

- Márquez Villanueva, Francisco, *Trabajos y días cervantinos*, Alcalá de Henares, Ediciones del Centro de Estudios Cervantinos, 1995.
- Menéndez Pidal, Ramón, *Flor Nueva de Romances Viejos*, Barcelona, Espasa-Calpe, 1985.
- Menéndez Pidal, Ramón, *Romancero Hispánico (Hispano-Portugués, Americano y Sefardí). Teoría e Historia*, Madrid, Espasa-Calpe, 1953, vol. II.
- Mortenson, Barbara J. (ed.), *Primera parte del romancero y tragedias (1587) de Gabriel Lasso de la Vega*, Lewiston, N.Y., Edwin Mellen Press, 2006.
- Orozco Díaz, Emilio, *Lope y Góngora frente a frente*, Madrid, Gredos, 1973.
- Pérez López, José Luis, “El romance morisco ‘Ensíllenme el potro’, atribuido a Liñán, y su parodia”, *Revista de Filología Española*, nº 92, (2012), pp. 101-116.
- Rey Hazas, Antonio y Florencio Sevilla Arroyo, “Contexto y punto de vista en el *Abencerraje*”, *Dicenda: Estudios de lengua y literatura españolas*, nº 6, (1987), pp. 419-428
- Rey Hazas, Antonio, “Introducción al *Romancero* de Padilla”, en Pedro de Padilla, *Romancero*, edición de José J. Labrador Herráiz y Ralph A. DiFranco, México, Frente de Afirmación Hispanista, 2010, pp. 15-95.
- Rey Hazas, Antonio, “Treinta años de narrativa áurea: breve ensayo de revisión. Reflexiones sobre la novela en verso: el caso de Pedro Padilla”, *Edad de Oro*, nº 30, (2011), pp. 297-345.
- Rodríguez Puértolas, Julio, *Romancero*, Madrid, Akal, 1992.
- Romancero general, en que se contienen todos los romances que andan impresos en las nueve partes de romances. Agora nuevamente impreso, añadido y enmendado*, Madrid, por Luis Sánchez, 1600.
- Ruiz Lagos, Manuel, *Moriscos. De los romances del gozo al exilio*, Sevilla, Guadalmena, 2001.
- Sánchez Jiménez, Antonio (ed.), Lope de Vega, *Romances de Juventud*, Madrid, Cátedra, 2015.
- Sánchez Jiménez, Antonio, “La batalla del romancero: Lope de Vega, los romances moriscos y *La villana de Getafe*”, *Anuario Lope de Vega. Texto, Literatura, Cultura*, nº 20, (2014), pp. 159-186.
- Suárez Díez, José María, *El Romancero Nuevo Pastoril* [tesis doctoral], Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2015.
- Teijeiro Fuentes, Miguel Ángel, “La novela de moros y cristianos entre la ficción y la realidad: la llamada novela morisca”, en *De los caballeros andantes a los peregrinos enamorados. La novela española en el siglo de oro*, M. A. Teijeiro Fuentes et al. (eds.), Cáceres, Eneida, 2007, pp. 287-319.

- Torres Corominas, Eduardo, “*El Abencerraje*: una lección de virtud en los albores del confesionalismo filipino”, *Revista de literatura*, nº 75.149, (2013), pp. 43-72.
- Weiner, Jack, *Cuatro ensayos sobre Gabriel Lobo Laso de la Vega (1555-1615)*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2005.